

CUATRO AMIGOS Y MEDIO
EN...

El caso de las flexiones con consecuencias

JOACHIM FRIEDRICH



edebé

C O L E C C I Ó N



C U A T R O A M I G O S Y M E D I O

El caso de las flexiones con consecuencias

edebé

1.^a flexión: ¡Los rivales!

—¿**C**ómo dice usted que se llama el pepino? —preguntó la señora Sulte-Stratmann atónita.

—¡Hilde Salvaje! —contestó tía Hilde radiante.

—¡De cultivo propio! —añadió el tío Werner, inflándose de orgullo como un pavo real—. Algunos cultivan rosas, y yo, pepinos.

Nosotros conocíamos de sobra los pepinos cultivados por el tío Werner. De hecho, en una ocasión, fueron motivo de uno de nuestros casos.

—¡Y todo estrictamente biológico! —continuó el tío Werner—. En nuestra asociación no se permite la utilización de fertilizantes químicos. Así lo establecen los Estatutos.

—¡Y eso va a misa! —dijo tía Hilde sonriendo.

—¡Eh, tía, eh! —exclamé—. ¡Señora Sulte-Stratmann, esos pepinos están muy buenos, de verdad! Se lo digo yo, que ya los he probado.

—En ese caso no puedo decir que no —dijo mi profesora preferida echándose a reír—. Por favor, Fede, ponme dos Hildes Salvajes.

—La mitad de lo recaudado va a ser donado a una buena causa —le explicó tía Hilde, mientras yo escogía dos pepinos especialmente lustrosos.

Charly, Estefi, Rabanito y yo habíamos prometido a la tía Hilde y tío Werner que les echaríamos una mano durante el mercadillo que organizaba la colonia de huertos. En él, una vez al año, la asociación vende los productos que se cultivan en sus huertos. Ayudar a



los tíos de Charly era lo mínimo que podíamos hacer por ellos, ya que la tía Hilde y el tío Werner permiten que nuestro perro Precioso viva en su huerto. Ni mi madre, ni los padres de Charly, ni tampoco los de Estefi y Rabanito nos dejaron que Precioso se quedara a vivir con nosotros. Probablemente debido a que Precioso tiene por costumbre armar algún lío de vez en cuando. Es un auténtico perro callejero de aspecto un tanto despeluchado. Además, le falta media oreja y, también, algunos dientes. Tanto cuando se pone nervioso como cuando está contento, silba como una vieja locomotora a través de su mellada dentadura. No hace mucho tiempo que está con nosotros, pero yo ya no puedo imaginar mi vida sin él. Y mis amigos seguramente tampoco, aunque Charly nunca lo reconocería en público.

Así es que, también en esta ocasión, Precioso estaba tumbado bajo el puesto de venta de la tía Hilde y el tío Werner, esperando a que le lanzaran algo comestible.

Durante nuestra clase de Biología, yo le había hablado a la señora Sulte-Stratmann del puesto de

venta de la tía Hilde y el tío Werner, con la esperanza de que ella se acercara hasta allí. Estaba esperando un bebé y, en esos casos, era aconsejable tomar algo de verdura cultivada biológicamente. Además, últimamente me daba la impresión de que ella no tenía muy buen aspecto. Unas cuantas vitaminas seguro que le sentarían bien. Así que me alegré aún más cuando vi que nos compraba algo. Por eso ni siquiera me molesté por la sonrisa picarona que me dedicó Estefi.

La señora Sulte-Stratmann se guardó los pepinos en la bolsa y me dio un billete. Aún estaba contando el cambio, cuando Charly me quitó el billete de la mano.

—Fede, dámelo.

—¡Eh, tío, eh! —protesté.

—Déjame ver —dijo simplemente poniendo el billete al trasluz.

—¿Acaso crees que es dinero falso? —preguntó la señora Sulte-Stratmann.

¡Fue tan bochornoso!

—Lleva así todo el día... —suspiró la tía Hilde.



—Nunca se sabe —murmuró Charly, mientras seguía comprobando el billete detenidamente, como si él supiera reconocer a simple vista un billete falso—. Esta clase de mercados son estupendos para colar *pé-talos* entre la gente.

—Es totalmente cierto —contestó para mi sorpresa la señora Sulte-Stratmann—. Yo, incluso, ya he visto algunos.

—¿En serio? ¿Dónde? —preguntó Charly a punto de atragantarse.

—Allí, en aquel puesto —contestó la señora Sulte-Stratmann sonriendo—. Si no recuerdo mal, eran rosas.

Charly se puso colorado como un tomate, mientras la señora Sulte-Stratmann, la tía Hilde y el tío Werner se tronchaban de la risa.

A mí no me sorprendió en absoluto que una vez más alguien tomara el pelo a Charly. Él había fundado la agencia de detectives Charly & Company, y por ello, se las daba siempre de jefe. Pero, sobre todo, estaba convencido de que él era el detective más guay del planeta Tierra. Y, aunque es cierto que

ya habíamos resuelto algunos casos, eso no se lo debíamos precisamente a Charly, sino a Precioso. Porque es el perro más inteligente y fiable que jamás he visto, aunque sabe disimularlo muy bien.

—Tú te lo has buscado —dijo Estefi, después de que la tía Hilde y el tío Werner dejaran de reírse y la señora Sulte-Stratmann, desgraciadamente, se hubiera marchado al siguiente puesto.

—¡Sí, claro! ¡Ya sólo me faltabas tú! —se enfadó Charly—. Si no fuera porque soy yo el que se ocupa de nuestros casos, aún no habríamos resuelto ni un solo crimen.

—¿¡Crimen!?, ésa sí que es buena —dijo Rabanito—. Hasta ahora han sido más bien casos inofensivos.

—Mejor eso que nada —gruñó Charly—. Además, aún nos puede llegar el supercaso. Tan sólo hay que tener paciencia.

Estefi y su hermano mellizo Rabanito también son miembros de Charly & Company. Evidentemente, Rabanito no es su nombre verdadero. En realidad se llama Óscar Rademacher y tiene la mala suerte de ser

un poco más bajito que su hermana melliza. Así que la estatura es lo que le ha dado su mote.

—Por cierto, ¿quién es el tipo con el que está la señora Sulte-Stratmann? —preguntó Estefi a la tía Hilde.

—¿Por qué quieres saberlo? —le respondió la tía Hilde—. ¿Acaso te gusta?

Ahora fue Estefi la que se puso colorada como un tomate.

—¿Cómo puedes pensar algo así? ¡Si es demasiado mayor!



—Bueno, para mí es demasiado joven —dijo la tía Hilde sonriendo—, pero incluso así me gusta.

Yo también me había fijado ya en el vecino del puesto de al lado de la tía Hilde. Era uno de esos tipos junto al que uno en la playa desearía ser invisible. Todo en él estaba ceñido: su pantalón, su camiseta, su chaqueta, incluso su peinado, y ¡qué músculos! Mirases donde mirases.

Claro que tal vez me parecía tan cachas, porque a su lado la señora Sulte-Stratmann resultaba especialmente pálida y enfermiza. Lo cierto es que estaba embarazada, pero al fin y al cabo eso no es ninguna enfermedad. Últimamente la había observado a menudo y había comprobado que, cada día que pasaba, estaba más pálida y parecía más preocupada. Sin embargo, ahora, estaba conversando animadamente con ese guaperas. ¡E incluso se reía!

—¡Eh, tío, eh! ¿Y ese tipo quién es? —le pregunté a la tía Hilde.

—Fede, ¿acaso estás celoso? —me sonrió Estefi maliciosa.

—¡Bobadas! —respondí demasiado rápido.

—Se llama Ritter —contestó la tía de Charly sonriendo de forma extraña—. No hace mucho que se ha incorporado a nuestra asociación, pero ya es muy popular.

—¡Sobre todo entre las damas! —se rió el tío Werner.

—¡Fijaos en eso! —dijo alguien a nuestras espaldas—. ¡Ahora ya coquetea hasta con las embarazadas!

Era el señor Koslowski, el presidente de la asociación de huertos Campo de Hortelanos-Asociación Registrada. Tenía su puesto al otro lado del nuestro.

—¡Eso! —exclamé yo, y me volví a ganar una sonrisa maliciosa de Estefi.

La tía Hilde movió la cabeza.

—Probablemente sólo le está explicando sus métodos biológicos de cultivo.

—¡Bah! ¡Métodos de cultivo! —exclamó el señor Koslowski—. ¡Si ése no vende verduras ni nada parecido! ¡Únicamente unos extraños polvitos!

—Ya me había percatado —dijo Charly—. ¿Y eso qué clase de invento es?

—¡Invento! ¡Has dado en el clavo, chaval! —res-

pondió el señor Koslowski—. Nadie sabe qué clase de invento es.

—Erwin, ya es suficiente —intervino el tío Werner—, se trata de productos enteramente biológicos y ecológicos. Ya sabes que el señor Ritter nos lo explicó con pelos y señales en la última asamblea de la asociación.

El señor Koslowski enterró sus manos hasta el codo en sus bolsillos del pantalón.

—¡Biológico! ¡Ecológico! ¡Bah, y yo me lo creo!

Antes de que el tío Werner pudiera responder, el señor Koslowski se dio media vuelta y regresó a su puesto.

—Esos dos no parecen caerse muy bien —opinó Estefi.

El tío Werner sonrió ampliamente.

—Ni que lo digas. Erwin no pierde ocasión para poner al señor Ritter de vuelta y media. Al menos desde nuestra última asamblea.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Rabanito.

—Pues que el señor Ritter se presentó como candidato a la presidencia de la asociación.

—¡Eh, tío, eh! ¡Pero si el presidente es el señor Koslowski!

—Por ahora —respondió la tía Hilde—. Porque dentro de dos meses se volverá a elegir a un nuevo presidente y el señor Ritter tiene muchas posibilidades.

—Por lo pronto tiene asegurados los votos de todas las mujeres —dijo el tío Werner risueño.

—¿Y por qué sería tan horrible para el señor Koslowski que el señor Ritter fuera el nuevo presidente? —preguntó Charly.

El tío Werner se encogió de hombros.

—Tal vez Erwin no ha asimilado muy bien lo de su jubilación anticipada.

—¿Su qué? —preguntó Estefi.

—En realidad, Erwin no es tan mayor —respondió la tía Hilde—, pero su empresa lo ha prejubilado y ahora no sabe qué hacer con tanto tiempo libre. Por eso, cualquier ocupación le parece estupenda, y si ahora el señor Ritter le arrebatara el puesto de presidente de la asociación, para Erwin, sería terrible.

Yo comprendía muy bien al señor Koslowski,

al menos en lo que se refería a ese señor Ritter. No me cayó bien desde el primer instante que lo vi. Y menos aún, desde que lo vi coqueteando con la señora Sulte-Stratmann. Y encima, ella parecía interesarse seriamente por lo que el señor Ritter vendía en su puesto. De buena gana me habría acercado hasta él y le habría dicho que yo la conocía desde hacía mucho más tiempo. Pero una sola mirada a sus músculos bastaba para convencerme a mí mismo de que era mejor que me quedara donde estaba y continuara vendiendo las Hilde Salvajes del tío Werner.

Cuando por la tarde ayudamos a la tía Hilde y al tío Werner a recoger el puesto, habíamos vendido prácticamente casi todos los pepinos.

—No nos han colado ningún billete falso, ¡garantizado! —dijo Charly, después de revisar nuevamente con su mirada experta todos los billetes recaudados.

—Vaya, ya me quedo más tranquilo —dijo el tío Werner, guiñándonos un ojo a Rabanito y a mí.

—Para variar también podrías trabajar un poco, ¿no? —dijo Estefi.

—¿Y qué te crees que estoy haciendo todo el tiempo? —le preguntó Charly ofendido, aunque fue entonces cuando empezó a echarnos una mano, y fuimos los primeros en desmontar y recoger completamente el chiringuito.

Estábamos a punto de marcharnos, cuando el señor Koslowski nos llamó para que nos acercáramos a su puesto.

—Chicos, ¿podéis ayudarme? Tengo todavía tantas cosas que empaquetar, ¡y estoy solo!

—¡Eh, tíos, eh! —dije yo en voz baja—. Tengo hambre. ¡Quiero irme a mi casa!

—Fede, un poco de ejercicio no te vendrá mal —opinó la tía Hilde—. Además, así luego te sentará mejor la comida.

Aunque probablemente mis amigos tenían tantas ganas como yo de ayudar al señor Koslowski a desmontar su puesto, no nos quedó más remedio que hacerlo, mientras la tía Hilde y el tío Werner desaparecieron en su huerto.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Charly al señor Koslowski.

Pero éste no contestó enseguida, sino que echó una ojeada a su alrededor, exactamente igual que cuando Charly cree que alguien podría estar espíándolo.

—No os preocupéis, chicos, el puesto lo desmonto yo solo —dijo entonces—. Lo que os quiero pedir es algo muy distinto.

—¿El qué? —preguntó Estefi.

Nuevamente el señor Koslowski miró a su alrededor. Luego, se inclinó hacia nosotros.



Si no lo conociera bien, creería que había estado haciendo un cursillo como aprendiz de Charly.

—Vosotros tenéis una banda de detectives, ¿verdad?

Charly se puso en guardia y miró al señor Koslowski con los ojos muy abiertos.

—Bueno..., en realidad se trata de una agencia de detectives.

El señor Koslowski hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—¡Qué más da! Tengo una misión para vosotros. ¡Pero tiene que ser un secreto!